



**DICASTERIUM  
PRO LAICIS, FAMILIA ET VITA**

**MOVIMIENTO DE LOS FOCOLARES – OBRA DE MARÍA  
80° ANIVERSARIO DE FUNDACIÓN**

**ROMA, 7 DE DICIEMBRE DE 2023 – BASÍLICA DE SANTA  
MARÍA LA MAYOR**

**SANTA MISA  
HOMILÍA**

**(Solemnidad de la Inmaculada Concepción de María Santísima - Génesis 3,9-15-20;  
Efesios 1,3-6.11-12; Lucas 1,26-38)**

Queridos hermanos y hermanas,

con gran alegría nos encontramos hoy en la más antigua iglesia mariana de occidente para celebrar la Solemnidad de la Inmaculada Concepción y para recordar el 80° aniversario de fundación del Movimiento de los Focolares.

En esta Basílica se conserva una preciosa reliquia del pesebre de Belén, el lugar pobre, pero bendito en donde María colocó a Jesús tras el parto. Y justamente del misterio de la maternidad divina de María es de donde derivan todos los privilegios y las gracias especiales que ella recibió, entre las cuales también la Inmaculada Concepción que celebramos hoy. Porque había sido escogida para ser la Madre del Hijo de Dios fue preservada también del pecado original y de cualquier pecado personal, desde el momento de su concepción. La Iglesia ha visto que se alude al privilegio de la Inmaculada Concepción en las palabras usadas por el ángel en su saludo a María.

El Ángel Gabriel la llama “llena de gracia”. En María, exclusivamente por un don, hay una perfección de gracia que ninguna otra criatura jamás ha recibido en la tierra.

Pero, ¿qué es la gracia?

En la Biblia ante todo es el favor y la benevolencia divina. Cuando Dios regala su gracia a una criatura significa que se muestra “bien dispuesto” para con ella, vuelca en ella su amor gratuito, y entonces, cuando encuentra el pecado de la criatura, la gracia asume principalmente el aspecto de perdón y de misericordia.

La gracia, en la revelación bíblica, indica también la belleza, la fascinación, la amabilidad que derivan justamente del favor divino. La criatura es embellecida por el Creador. En efecto, al mostrarse benévolo para con el hombre, su amor y su cercanía, al ser acogidos, hacen que la criatura sea “graciosa”, o sea justamente bella, fascinante, llena de una armonía y de una luz especial que emanan del interior, más allá del aspecto físico de una persona. Por lo tanto, la gracia es el “bienquerer” de Dios, su buena disposición para con la criatura y, al mismo tiempo, la belleza de la que se reviste la criatura cuando acoge el amor gratuito de Dios.

Ambas características están presentes en María, y están presentes “en plenitud”.

En María encontramos, ante todo, la *gracia como benevolencia*. Respecto de María, Dios ha mostrado el nivel más alto de favor, de cercanía y de amor. Le ha comunicado a ella toda su condescendencia y su ternura para con el género humano. Por ello, “llena de gracia” quiere decir sobre todo plenitud de amor recibido. La “vocación” de María empieza con el anuncio de la generosidad de Dios, con la revelación de los dones divinos concedidos a ella. María vivió su existencia en la conciencia y en la gratitud por los dones recibidos.

Lo que sucedió en María es modelo para todo cristiano. En el origen de la vida cristiana no hay un pedido de compromiso heroico o la aceptación de tareas

gravosas o la obediencia a leyes exigentes. Al comienzo de todo está el anuncio de un don. Es el anuncio de la vida nueva que Cristo resucitado nos da a través del Espíritu Santo. Ésta es para nosotros la gracia.

El saludo del ángel, luego, justamente porque revela el don de la gracia divina, se abre con una invitación a la alegría: “¡Alégrate, María!”. Alégrate porque Dios te ha dado tanto, porque Dios ha enriquecido tu ser con dones maravillosos. María es la mujer de la “alegría divina”. Es la que vivió inmersa en esa alegría divina que llena las profundidades del ser y allí permanece incluso en los momentos de prueba y de sufrimiento, pues no está vinculada a emociones pasajeras o al simple bienestar físico o psíquico.

Todo anuncio misionero de la Iglesia, hoy también, tiene que partir siempre ¡de un anuncio de alegría! Debe decir a la gente: ¡alegraos, porque Dios ha depositado su mirada benévola en cada uno de vosotros! ¡Alegraos, pues Dios quiere haceros sus hijos!

En María encontramos, además, la *gracia como belleza*. La extraordinaria cercanía de Dios y la presencia del Espíritu Santo en ella la han hecho ser inmensamente bella. Es una belleza interior que vuelve límpido y transparente el espíritu, pero que tiene reflejos también en el exterior. Todos los que vivieron a su lado han de haber notado algo insólito: el hecho de que de ella no provenía ningún movimiento de ira, de vanidad, de rencor, ninguna falta de atención, de caridad, de comprensión, ningún impulso desordenado de satisfacción egoísta. En María, y es algo totalmente extraordinario, no había ninguna sombra de maldad. Ello la hacía extraordinariamente bella, la “*tota pulchra*”<sup>1</sup>, como la tradición de la Iglesia ama llamarla. La autoridad de la que María gozaba en la primitiva comunidad cristiana provenía también de esa belleza. Lo que atrae, que persuade y que llama es la fuerza interior de la gracia, no la prepotencia y la prevaricación.

---

<sup>1</sup> *tota pulchra*: completamente bella.

Este segundo aspecto de la “plenitud de gracia” de María, su belleza, también es ejemplar para todo cristiano. La Inmaculada Concepción nos enseña que el pecado, la rebelión soberbia contra Dios, no hacen que nuestra vida sea mejor, sino que la hacen más miserable y oscura. Por el contrario, la existencia se vuelve mucho más bella en la medida en que es más libre del pecado. María fue completamente preservada del pecado y de hecho tuvo una vida realizada, feliz. Realizó “grandes obras” que alcanzaron a todas las generaciones futuras. Queridísimos, pienso que vosotros también, encontrándoos con el carisma de Chiara Lubich, habéis tenido la experiencia de esos rasgos marianos que hemos considerado. Vuestro Movimiento es la “Obra de María”, y por ello contiene un esencial “carisma mariano”. Estoy seguro de que todos vosotros habéis abrazado el ideal focolarino porque se presentó delante de vuestros ojos sobre todo como un gran don de gracia, como “favor de Dios” completamente inmerecido, como un ofrecimiento gratuito de la benevolencia divina que abrió vuestro corazón a nuevas perspectivas de conocimiento de Dios, de oración, de vida común y de caridad para con el necesitado. Así vivisteis el primer encuentro con el Movimiento. Pero experimentasteis también que el encuentro con el carisma del Movimiento, que la adhesión al mismo ha hecho que vuestra vida sea más bella, más gozosa y más libre. Los que entre vosotros han conocido a Chiara han notado su “vida bella”, la fascinación discreta, pero profunda de una mujer habitada por Dios y enamorada de Jesús. Su presencia conquistaba los corazones, sobre todo de los más jóvenes.

Queridísimos, en el día en el que hace 80 años tuvo comienzo el carisma focolarino, aquí, en la casa de María, cerca del pesebre y del misterio de su maternidad divina, agradezcamos al Señor por el don de Chiara Lubich y de la gran familia que alrededor de ella se ha desarrollado. Os repito a vosotros las palabras del Ángel Gabriel a María: “¡No temáis!”. Vosotros también “¡habéis encontrado gracia delante de Dios!”. De vosotros también, de vuestro apostolado debe “nacer Jesús”, para ofrecérselo al mundo como Salvador de

todos. Rechazad, pues, toda forma de desaliento, no dudéis nunca de que el Señor inspiró a Chiara una forma particular de vivir la fe y el seguimiento de Jesús que está destinada a permanecer y dar aún muchos frutos. El ideal que Chiara os ha transmitido sigue siendo siempre actual, incluso en el mundo secularizado de hoy, tan diferente al de los comienzos de la Obra. Vuestro carisma contiene en sí mismo una gran carga vital, pero como dice a menudo el Santo Padre: “no es una pieza de museo... debe entrar en contacto con la realidad, con las personas, con sus inquietudes y sus problemas. Y entonces, en ese encuentro fecundo con la realidad, el carisma crece, se renueva y también la realidad se transforma, se transfigura a través de la fuerza espiritual que ese carisma lleva consigo” (*Discurso al Capítulo general de los sacerdotes de Schoenstatt*, 3 de septiembre de 2015).

Os encomiendo a todos a la materna intercesión de la Inmaculada Concepción, invitándoos a “estar en las encrucijadas de hoy” (Papa Francisco, *Audiencia general*, 29 de noviembre de 2023) con la misma actitud confiada y generosa de María, seguros de que “nada es imposible para Dios”.

Amen.